

## UNA GENERACION SIN MUERTOS EMIGRANTES GALLEGOS EN BARCELONA

**Manuel Mandianes**

Esta estampa de la emigración es fruto de la encuesta que realicé entre emigrantes gallegos en Alemania, Francia, Suiza, Madrid y Barcelona. Aquí no me interesan ni las estadísticas ni los números sino lo que piensa cada una de las personas que han tenido que dejar su casa. Detrás de la emigración está una necesidad económica; pero, además, la necesidad de viajar y conocer otra cosa, de satisfacer deseos metafísicos y cumplir con los destinos de una raza viajera. En este trabajo, prestaré atención especial a la segunda generación de emigrantes.

### 1.- "Pronde irás boi que non ares"

"Cuando vine para Barcelona después de la guerra, antes de llegar a la estación me eché del tren en marcha con la maleta a cuestas porque los catalanes devolvían a la gente desde la estación, y dije a un coche de caballos que me llevara a la dirección de unos primos pero en el lugar indicado no vivía nadie. A la mañana siguiente aparecí en la plaza de Cataluña cagado de las palomas y sin blanca en el bolsillo". Los que escuchaban el relato se partían de risa. "Hacéis bien en reiros; ahora también me da risa a mi pero lo que entonces pasé, no se lo deseo ni a mi peor enemigo". Por aquel entonces la mayoría de los gallegos vivían amontonados en habitaciones realquiladas, apretujados como las sardinas en lata. Las camas estaban siempre calientes; se levantaban unos y se acostaban otros sin darle tiempo a enfriar. "Muchas enfermedades que estamos sufriendo hoy vienen de aquel tiempo; porque, además, se comía mal. Ganábamos poco y queríamos ahorrar. No podíamos volver al pueblo con las manos vacías".

"Los domingos por la tarde salíamos un grupo de paseo. Al principio creíamos que en París no había estrellas". Caminaban con la cabeza gacha sin mirar al cielo; "en el pueblo se veían las estrellas sin mirar pero aquí tienes que hacer gimnasia con el cuello". En las calles de París, como de cualquier gran ciudad, no se ve más que casas altas y rascacielos; "las estrellas solo se ven si sabes por donde puedes llegar al cielo y las buscas". Sus puntos de referencia para juzgar de las cosas eran siempre los del pueblo: "Por la noche nos decíamos unos a otros: xa cerramos unha finca como a do Rúa de Vilar"; así calculaban más o menos lo que podían haber caminado toda la tarde. Paseando por Francia, Alemania, Suiza con emigrantes gallegos les he oído decir muchas veces: "¡Mira lo que comen estos!" refiriéndose a los nativos de aquellos países. De vacaciones en Galicia les oí: "quién tuviera aquí unos embutidos de aquellos". Andando por Europa sueñan con volver a Galicia y cuando vuelven sueñan con Europa y se dicen: "qué venimos a hacer aquí". Nunca oí hablar de la infancia con tanta emoción como a los emigrantes lejos de su patria.

"La estación de Colonia, cuando llegué allí por primera vez, me pareció una leira grande surcada. No me esperaba nadie; me encontré tan perdido como un mochuelo, de noche, deslumbrado por las luces de un coche en medio de una carretera. Ningún rincón era mi lugar y

no sabía a donde ir. Y sentí la tentación de volverme para casa donde los perros dormían al abrigo y comían caliente; no lo hice porque hubiera sido una vergüenza para la casa. Aún hoy es el día, pasados ya tantos años, en que me siento perdido al llegar la noche cuando no estoy en mi casa. Mientras estoy aquí (Colonia) lo echo todo de menos; y cuando vuelvo, nada me parece lo que era: los caminos parecen otros, los senderos desaparecieron; los que eran niños, son mozos y no me conocen; los de mi edad son viejos como yo. Ando por los caminos de siempre como un alma en pena sin tener reposo en ningún lugar.

"Es verdad que hice una casa nueva en el pueblo. No sé para qué invertí tanto dinero en ella; siempre estuvo deshabitada. La hicimos mi mujer y yo y a los tres o cuatro años, nos separamos. Ella se fue con otro y yo anduve a trancas y barrancas, y ahora me encuentro más sólo que una estrella en una noche de truenos. Los hijos hacen su vida; uno se casó con una alemana; otro salió maricón, y la hija se arrejuntó con un peludo, anduvieron por el mundo adelante con la casa a cuestras y ahora parece que están medio encarrilados. Es verdad que la emigración mató muchas hambres, llenó de cuentas millonarias las sucursales de los bancos perdidas en las montañas gallegas y gracias a ella muchos salimos de nuestro pequeño mundo pero sembró de mierda la vida de muchas gentes.

"En el pueblo iba a misa todos los domingos; desde que estoy en Alemania no he vuelto a poner los pies en una iglesia. Bueno, al principio visité alguna pero desde la primera vez tuve la sensación de estar perdiendo el tiempo: mis palabras caían en el vacío más absoluto. El Dios de aquí no es como el nuestro, pensé, y no volví más. No tenía a que ir. Cuando iba de vacaciones, volvía a misa y mi madre me preguntaba: vas a misa allá en donde estás? Yo le mentía. Desde que murió tengo la sensación de haberla engañado para siempre. Cuando estoy en Galicia, mando al cura tener misas por ella; aquí ni me acuerdo de esas cosas. El cura español es un buen amigo pero nada más. Durante mucho tiempo me sentí roto por dentro; no sabía donde meterme. La gente me estorbaba, la soledad se me hacía insoportable, el sol me roía la cabeza y la niebla me echaba cieno en el alma. Me dolían hasta las niñas de los ojos".

"Mientras trabajas pasas el tiempo bien porque tienes poco tiempo libre; el que te queda no es suficiente ni para descansar. Lo malo es cuando cobras el retiro. ¿En un país al que solo veniste para trabajar, qué haces cuando no tienes nada que hacer durante todo el día? Allá (la aldea) coges una azada y vas a regar un prado, ver una poula, levantar una pared; las mujeres hacen la cocina, van a misa y a visitar a las amigas, cuidan la sepultura, barren la iglesia; en Estrasburgo no se puede hacer nada de eso. Nosotros aun menos mal porque llevamos aquí mucho tiempo; lo peor son esos viejos a quienes sus hijos traen porque se quedaron solos y no se valen por sí mismos. Aquí, los viejos que somos de otra parte, nos vamos muriendo poco a poco de nada, de no tener que hacer ni a dónde ir".

"Yo no creo en nada pero cuando alguien se va al pueblo, envió por él dinero al cura para que tenga unas misas por el eterno descanso de mis padres porque 'hai cousas que son outra cousa cando están os nosos difuntifios'. Cuando murió aquí un vecino de allá, lo mandamos para que reposara al lado de los suyos y tambien tuvimos aquí un funeral. En el pueblo los entierros son como un río de gente; aquí éramos cuatro gatos. Todos tuvimos la impresión de que no había nadie ni nada que nos escuchara; era como hablar con el viento. En el pueblo las fotos de los muertos siguen colgadas entre las fotos de los vivos y de los otros muertos; es como si sus pisadas siguieran sintiéndose resonar por la mañana y al atardecer en

los caminos y a la entrada de casa; siguen estando en todas partes.

"Aquí los enfermos se llevan a la clínica y si no sanan, no vuelven más a casa. Mis hijos todos vieron a la abuela muerta; aquí los niños ni se enteran de cuando muere alguien porque en casa nunca hay difuntos. Al principio nos hacíamos un lío cuando moría alguien para mandarlo para España; a veces los del pueblo tuvieron el entierro sin muerto porque no llegó a tiempo. Dejar aquí los muertos es muy penoso porque uno volverá un día a España y los muertos quedarían aquí solos para siempre sabe Dios al lado de quién. Los padres no soportan tener un hijo enterrado lejos, en donde no puedan visitar su tumba. La señora Mercedes de Loureses nunca superó el tener a Paco enterrado allá a donde ella nunca pudo ir; se murió con ese dolor en el pecho. 'Tu que vienes de allá' preguntó a Carmen, '¿Sabes al lado de quién está? Dime si los domingos por la mañana antes de entrar a misa alguien va a rezarle un Padrenuestro; cuéntame cómo es su sepultura".

"Ahora vamos a Galicia por menos de lo que canta un ciego; mis hijos van a ver a los abuelos cuando les parece bien. Pero yo eché aquí cinco años sin ir a ver a mis padres; los cinco primeros que estaba fuera de Galicia. Hay que pasarlo para saber lo que es. Muchos ni siquiera fueron a decir adiós a sus padres. Eso es triste y no se borra nunca del alma; queda siempre en el pecho y de vez en cuando nos hace gemir; de ahí vienen los gemidos que no vienen de ninguna parte". Algunos salían de casa para ir por el mundo adelante como si fueran a una fiesta; el juez de Loureses les decía: "pronde irás boi que non ares".

Al principio los emigrantes pasaban las vacaciones trabajando en el campo para ayudar a los de casa; luego vieron que tenían necesidad de descansar aunque la gente del campo no tenía esto claro. Los que venían de Alemania, Francia u otros países de Europa, gastaban montos e moreas "hasta que se dieron cuenta de que estaban haciendo el canijo. Lo hacían para demostrar que el nivel de vida que se podían permitir les compensaba el estar tan lejos de la familia y de todo aunque allá lo pasaran mal. Vivían hacinados como animalitos en viviendas de tercera o cuarta categoría, o en las residencias de las fábricas".

Muchos de los emigrantes no encontraban tan malas sus viviendas ni las condiciones de trabajo porque las que dejaban aquí no eran mejores. "Las ocho horas de trabajo en la fábrica me parecían coser y cantar; dale que te pego a una máquina, para mi no era trabajo, acostumbrado a trabajar de sol a sol en el campo y, al volver a casa, a atender el ganado. La residencia de la fábrica estaba bien, vivíamos dos en cada habitación con una cocina para diez. Teníamos agua corriente en la cocina y en los baños cosa que no tuve nunca en mi casa antes de venir a Alemania".

"Trabajar sábados y domingos no nos costaba nada; al contrario, ganábamos fácilmente unos cuantos marcos más porque los alemanes no querían trabajar estos días. Nosotros no teníamos nada que hacer y el tiempo libre nos llegaba el que teníamos al salir de la fábrica. De vez en cuando salíamos a tomar una cerveza pero al principio no había bares españoles y nosotros no sabíamos ni pedir una copa en alemán. Además nos daba más satisfacción ahorrar dinero y gastarlo durante las vacaciones en nuestro pueblo invitando a los amigos".

"Muchas veces despertábamos la hilaridad de los compañeros o provocábamos las sonrisas al pasar por la calle porque llevábamos toda la ropa que usábamos en la aldea y era muy diferente de la de Holanda. Cuando íbamos de vacaciones hacíamos ida y vuelta de un

tirón y sin mirar, como los topos. Cuando nos preguntan algo sobre Galicia la mayoría de nosotros debemos confesar que la desconocemos. Yo que estuve primero en Barcelona, después en Alemania y ahora otra vez en Barcelona, no conozco de esos países más que el camino de la residencia o de la casa a la fábrica y de la fábrica al supermercado". Ahora ya no solo los emigrantes van de vacaciones sino que sus familiares los visitan en su lugar de trabajo.

## 2.- Hechos a pedradas

"No te lo puedes imaginar! El día que mis padres supieron que yo era una licenciada, estallaban de alegría. Para ellos era como tener en casa a uno de los personajes que siempre admiraron: el cura, el médico, el veterinario, un ingeniero, uno de aquellos que venían por el pueblo de pascuas en viernes. A pesar de ser consciente de la relatividad y, a veces, de la completa inutilidad de un título, estoy contenta porque, en adelante, nadie podrá decirme que los del pueblo tenemos que seguir barriendo porque no servimos para hacer otra cosa. Podré seguir cuidando vacas, pastoreando ovejas, sachando patatas, regando prados, cortando leña, acarreando agua como lo hice hasta los diecisiete años pero también podré decir a un político: callesé; usted no sabe lo que dice. Me será más fácil admitir que detrás de cada retama que se mueve no hay necesariamente un lobo sino que puede ser otra bestia con chaqueta de cristiano".

"Cuando llegué del pueblo a Barcelona era una niña, no había vivido aún la adolescencia. En la aldea nos conocíamos todos, cada persona era para mí una fuente de seguridad, una compañía; aquí, como en cualquier gran ciudad, cada otro es un desconocido, una fuente de preocupación y de inseguridad que nunca sabes lo que puede dar de sí. De los doce hermanos, solo queda en casa con mis padres el más joven; los demás andamos por esos mundos de dios buscando fortuna. Pero antes que nosotros salió mi padre para ir a Alemania cuando en aquel país aún no se oía hablar español por las calles. Estuvo poco tiempo porque, según nos dijo después: lejos de nosotros y de su mujer le dolfan los cojones del alma". Los padres de la protagonista, trabajando la tierra, criaron los doce hijos de los cuales dos también estuvieron en Alemania como su padre, "pero ya en otras condiciones" me contaron ellos.

"Yo siempre tuve la ilusión de entrar en la Universidad pero lo veía como una ilusión lejana, como un ideal imposible. Vine del pueblo sin el certificado de estudios primarios sin a penas saber hablar castellano; de todos modos siempre pensé que podría hacer lo que otros hacían, y me puse a estudiar. Saqué el certificado de estudios primarios, hice el bachillerato, entré en la universidad, y terminé la carrera" dijo ella. Además sabe francés, inglés, portugués, catalán y, por supuesto, gallego y castellano. Fina es una mujer pequeña, menuda, nerviosa; va dignamente vestida sin lujo. "Además de no poder tener acceso a él me parece una estupidez. Siempre tuve que trabajar para estudiar y nunca tuve más dinero que el necesario para vivir ni tiempo para ganarlo. Muchas veces sufrí desalientos y me decía: mis mulas nunca araron estas lomas y mis ovejas nunca triscaron por estos valles, me voy. Pero resistí. Siempre me animaron mucho una serie de amigos, especialmente mi marido que, entonces, era, aún, mi novio y los señores con quienes trabajaba, que me permitieron asistir a seminarios y a cursos en horas que me pagaban.

"Durante años no tuve tiempo ni dinero para ir al cine ni poder tomar un café con los compañeros. Me llamaban los domingos pero todo el tiempo se me hacía poco para preparar

trabajos. Los días de la semana estudiaba las lecciones. Lo que ganaba lo necesitaba para pagar las matrículas, comprar libros y comer" dice sin darle ninguna importancia. "El tiempo libre lo enterraba en las páginas de los libros haciendo de la necesidad virtud; ellos se convirtieron en mis grandes amigos y consejeros. Estudiar y trabajar al mismo tiempo, a veces, se hace duro porque te falta tiempo para todo, pero se puede hacer.

"De ordinario el ambiente de los emigrantes no es el más propicio para el estudio por eso se requiere un esfuerzo grande para hacerlo. Vienen a ganar dinero, a ahorrar todo lo que pueden y solo compran lo necesario. Casi siempre viven en las afueras de las grandes ciudades en donde no hay ni bibliotecas, ni cines, ni librerías. El mundo del emigrante es relativamente reducido: futbol, dinero, coches, y las cosas del pueblo. A mi me encanta hablar de las cosas del pueblo porque son mis raíces pero sin olvidar otras dimensiones de la persona. Alguna vez fui a la casa de compañeros de la facultad y tenían grandes bibliotecas, grandes colecciones de libros preciosos. No quiero decir que sean mejor gente que los emigrantes pero el ambiente de sus casas es más propicio al estudio. Los libros, a no ser unos cuantos de texto, brillan por su ausencia en la mayoría de las casas de los emigrantes.

"El hecho de formar parte de la colonia emigrante, a veces, me estorbó porque los emigrantes no sabemos bien ni dónde estamos ni quiénes somos y, a veces, me ayudó porque me estimulaba a buscar una plaza definida dentro de la sociedad". Fina terminó ciencias de la educación y sigue trabajando en la casa de la familia con quien siempre trabajó, cuidando los niños y haciendo limpieza: "Me gustaría trabajar en lo mío; de todos modos, aún sabiendo que nunca podría trabajar en ello, hubiera estudiado lo mismo por el placer de saber".

### **3.- la segunda generación**

La socialización de los hijos de los emigrantes se hará en dos mundos distintos y a veces contradictorios, en casa con sus padres y en la calle y la escuela con otros niños. Los padres mediatizarán para el niño el mundo del hogar, de las tradiciones familiares, y los otros niños con quienes va a convivir el mundo social. Las dos concepciones diferentes de la religión, de la política y de las relaciones de los sexos tendrán un lenguaje completamente distinto: el español y el árabe o magrebí. Por definición, y dado que hoy los niños pasan más tiempo en la escuela que en casa y en casa más tiempo mirando la televisión que charlando con sus padres, el mundo predominante en la socialización del niño será el español de los otros niños. La posibilidad de adoptar varias identidades biográficas convierte al hijo del emigrante en un constructor potencial de realidades e identidades subjetivas que, haga lo que haga por adoptar, según las circunstancias, unos u otros patrones de comportamiento, será siempre en todas partes un extraño y marginado, y una generación sin muertos; mientras viva Cataluña será un gallego y cuando vuelva a Galicia será un catalán.

El problema crucial que Europa deberá resolver durante la década que empieza es el de la segunda generación. Estos jóvenes no son emigrantes. Su cultura no puede arraigar en ninguna parte si no es en el medio en que viven, el de los desfavorecidos. No se reconoce ni en la tradición de sus padres ni en la sociedad liberada y permisiva de Europa. En esa generación es donde surgen apasionados del Islam, esa religión que para ellos desempeña el papel de signo de identidad y de punto de referencia que da seguridad. Desde hace algún tiempo esta generación halla los medios de expresarse en la música, el teatro, el cine y la escritura".

Es previsible que los magrebíes, al tener el sentimiento de no poder asimilarse por completo a los europeos fomentarán los rasgos de distinción, y tal vez extremos, para afirmar su personalidad y su identidad. No pudiendo luchar por su integración, luchará por su afirmación; a veces con agresividad. Con frecuencia, los miembros de la segunda generación son identificados con la región de sus progenitores aunque ellos opten por aquella en donde nacieron, más activa y más libre, menos adscrita a las humillaciones de sus sociedades rurales de origen.

Para esta segunda generación "la afiliación a determinadas instituciones culturales, como por ejemplo la Universidad o los Institutos no implica una mayor formalización del nivel de integración pero permite extender la red de relaciones personales". En Cataluña no se puede decir que los emigrantes sean bilingües, lo que les ayudaría a resolver esta dualidad; en este caso, las dos lenguas empobrecen sensiblemente las posibilidades conceptuales de los jóvenes. "Cuando el joven no puede ni quiere regresar al tradicionalismo y a la identidad incuestionada de su mundo de origen tiene que reconstruir los conceptos fundamentales de órdenes normativos destruidos por la reveladora mirada hipotética (so pena de desorientación más completa)". Estos órdenes han de recomponerse con los restos de lo desvalorizado, a partir de tradiciones meramente convencionales, vigentes pero, tal vez, no válidas ni dignas según él.

En Orense de cada diez hijos de emigrantes, siete son drogadictos; es decir, el 70% de la gente que compone la segunda generación emigrante que fueron abandonados a la impotencia de los abuelos o al desinterés de algún tío. Puesto que es muy difícil la recuperación y la reinserción social de un drogadicto, la única medida válida es la prevención. La drogadicción, hoy por hoy, va unida casi indefectiblemente a la delincuencia.

## CONCLUSION

El emigrante en general y muy particularmente el emigrante gallego, en el país que lo recibe echa de menos sus puntos de referencia esenciales: el tiempo, el espacio, el grupo de inserción en la sociedad. La primera generación vive pendiente de los puntos de referencia de la sociedad originaria y, en muchos casos, trata o al menos sueña con rehacerlos allí en donde está; la segunda generación no tiene los de la sociedad originaria de sus padres ni ha asimilado los de la sociedad en la que viven por falta de integración en las instituciones. El hecho de que los emigrantes vivan en colonias, por lo general, en la periferia de las grandes ciudades, dificulta más la integración. Algunas de estas grandes ciudades son auténticas colonias de emigrantes con muy poca población autóctona; en este caso son un mosaico de culturas y escenarios de modos de vida que no tienen nada que ver ni con la vida anterior ni con el modo de vida catalán; su contacto con la cultura catalana más que vital es oficial a través de instituciones y asociaciones. La obligación de aprender el catalán en las escuelas facilita la integración. Esta medida ha despertado en la segunda generación de emigrantes gallegos cuyos no renegaron de su país el sentido nacionalista gallego; por el contrario, los descendientes de gentes que salieron de Galicia más bien por falta de integración en sus estructuras, se hacen nacionalistas catalanes, rechazan todo lo gallego y se convierten en una generación sin muertos.